

LA ÚLTIMA FOTO

Raquel Moreno Perona.

Premio especial para estudiantes

Me detengo frente a la habitación 311.

Noto cómo mi respiración se acelera a cada segundo que pasa y empiezan a resbalar por mi frente y espalda gotas de sudor.

Tras 45 años trabajando, vuelvo a revivir los nervios de la primera vez que me dirigí a un paciente como su enfermera. Ya había olvidado esa sensación y pensé que quedaría atrás para siempre cuando me jubilé el año pasado. Pero aquí estoy, intentando reunir fuerzas para abrir la puerta y enfrentarme a lo inimaginable. Giro el pomo de la puerta, doy el primer paso y mi corazón se acelera más aún, está a muy poco de salirse de mi pecho.

—Hola Alejandro –mis ojos se inundan y la primera lágrima comienza a caer por mi mejilla.

* * *

2 meses antes - 6 de marzo de 2020

Son las 14:47 y ya estoy frente al colegio, esperando a escuchar el sonido de la campana que indica el final de las clases. Siempre vengo un rato antes para estar preparado y recibir a mi nieta como se merece, con nuestro saludo especial -que me costó meses aprender- y el zumo de naranja recién exprimido y sin pulpa que le preparo antes de salir de casa, para que se lo beba de camino, mientras me cuenta sus aventuras en el colegio.

Vislumbro una cabecita con cabello cobrizo y un inconfundible lazo verde en lo alto de la coleta. Me ve y no se lo piensa dos veces: echa a correr.

—Muchas felicidades Chloé —le digo, mientras hacemos nuestro saludo—. Sabes que eres mi nieta *prefe*, pero no se lo digas a nadie, será nuestro secreto.

—¡Pero sólo si me haces mi comida favorita!

—Eso está hecho —me río y nos chocamos las manos.

Por el camino, le doy su zumo y me empieza a contar su mañana. Ha sacado un 9.25 en inglés, se ha roto sus medias preferidas corriendo en el recreo y se ha puesto malo otro niño más en su clase. Dicen que a lo mejor es el coronavirus ese, pero yo creo que es como una gripe, seguro que no pasa nada.

Llegamos a casa y me pongo el delantal para cocinar unos huevos con patatas fritas a mi nieta mientras llega el resto de la familia para celebrar su cumpleaños.

Ya estamos todos sentados alrededor de la mesa y le cantamos el cumpleaños feliz, siendo partícipes de su día *prefe* del año. Ojalá existiera un botón para parar el tiempo y vivir siempre en este preciso instante, con toda mi familia reunida y viendo la cara de felicidad de mi nieta.

—¡Abuelo! ¡Corre, ven! Vamos a hacernos una foto para enseñársela a mis amigas del cole.

Me rodea el cuello con los brazos y me da un *megabeso* en mi arrugada mejilla. Hay que ver qué vocablos usan estos jóvenes de hoy en día. Me enseña la foto mientras me mira. No sé por qué, pero sus ojos tienen un brillo especial.

Está empezando a anochecer y, aunque mañana no hay que madrugar porque es sábado, mis hijos sacan las bolsas de basura con los envoltorios de los regalos y se marchan, quedándonos mi esposa Lucía y yo solos de nuevo.

* * *

El viento sopla fuerte y el cielo está cubierto por una gran nube grisácea. A Lucía y a mí nos apetece desayunar churros con chocolate para darle un poco de alegría a este lunes tan apagado, así que nos ponemos los abrigos, cogemos un paraguas por si acaso y vamos a la churrería de siempre. Es primera hora de la mañana, así que no tendremos problema para sentarnos en la mesita que está junto a la ventana con vistas a la plaza.

—No hay nada que un buen desayuno no pueda arreglar. Pero la próxima vez no me dejes comer tanto, que me cuesta hasta respirar —me toco la panza llena y mi esposa se ríe.

—Ni tanta cantidad, ni tanto azúcar, que ya te advirtió la enfermera, Alejandro. A este paso ya veremos la próxima analítica...

Llegamos a casa y me dejo caer en el sillón, a ver si se me pasa el empacho.

—¿Te encuentras bien? —Me pregunta, poniendo el dorso de su mano en mi frente—. Estás caliente, voy a por el termómetro.

—A lo mejor he cogido frío esta mañana o me ha sentado mal el desayuno. No seas paranoica, cariño.

El termómetro marca 38,3°C y mi esposa coge el teléfono instintivamente para llamar al centro de salud. No me apetece moverme del sillón.

—Lucía, ¿de verdad me vas a hacer ir al médico esta tarde? —la mirada de mi mujer responde por sí misma.

Llego al centro de salud muy fatigado. Hay mucha gente esperando, pero me ceden un sitio y me siento para recuperar el aliento.

—Alejandro Pérez, puerta 8 —grita una voz femenina por megafonía.

Entro en la consulta y lo primero que veo es la mascarilla de la doctora. No lo entiendo, no tengo nada malo. Me pone el termómetro y una pinza rara en el dedo. Tengo 38,8°C.

—Alejandro, ¿a usted le cuesta respirar? —me pregunta, mientras mira el aparato. Veo que pone algo de 89 y 105, pero no sé lo que es.

—Pues llevo todo el día muy fatigado, pero seguro que es el empacho del desayuno, doctora. Eso sí, los churros con chocolate estaban muy ricos.

—Alejandro, le voy a poner oxígeno porque está saturando muy poco.

Me lleva a una habitación en la que estoy yo solo, y me coloca un tubito con dos cosas dentro de la nariz, por donde entra el oxígeno. Lo llaman gafas nasales, y no puedo evitar reírme por dentro, por llamar gafas a algo que se pone en la nariz y no en los ojos. Paso un rato ahí quieto, y cuando vuelve, me pone la pinza de nuevo.

—Sigues saturando muy poco —no tengo ni idea de que es eso de saturar, pero me imagino que se referirá a que respiro mal, o algo de eso—. Vamos a pedir una ambulancia para que te lleve al hospital a hacerte una radiografía de tórax, y dependiendo de cómo salga, te ingresarán o no, para tenerte observado.

Ya estoy en urgencias y me piden que me ponga un camisón azul claro que se cierra con una única lazada en la parte posterior, dejando prácticamente la mitad de mi cuerpo al aire.

Me apoyo en la placa de la sala de rayos X y doy un respingo de lo fría que está. Tras una hora de espera en un box individual, llega un celador, que me da una mascarilla y me pide

que me lave las manos con un gel que huele muy fuerte, como a alcohol. Me lleva a la consulta del médico radiólogo, y cuando entro, me pide que me siente.

—Alejandro, ¿desde cuándo nota que se fatiga y le cuesta respirar?

—Desde esta mañana, después de volver de desayunar con mi mujer.

Me ausculta, se lava las manos y se vuelve a sentar detrás de su escritorio.

—Bueno, pues tiene neumonía bilateral —Hace una breve parada—. Es un signo compatible con coronavirus, aparte de la falta de aire y fiebre alta. Le vamos a dejar ingresado en una habitación aislada para ponerle oxígeno y ver cómo evoluciona. No puede recibir visitas hasta que no le hagamos una prueba que nos confirme si es covid positivo o negativo.

* * *

Hoy cumplo mi primera semana en el hospital. Las enfermeras y auxiliares pasan únicamente cinco veces al día para ponerme medicación, vigilar mi estado y realizar la higiene diaria. Percibo miedo en cada persona que entra a la habitación y me gustaría poder verles el rostro para saber si me están sonriendo o si están tristes por mí. Creo que las dos. Aun así, se mantienen fuertes e intentan hacerme reír. Se merecen un monumento.

Cada día que pasa me cuesta respirar más, a pesar de que los médicos me están aumentando el flujo de oxigenoterapia, y por lo visto, están valorando mi ingreso en UCI si no mejoro en un par de días.

La última vez que hablé con Lucía fue el jueves, hace ya cuatro días. Yo insisto, pero las enfermeras me dicen una y otra vez que las líneas están saturadas y no pueden ponerse el EPI cada vez que reciban una llamada. Intento imaginar la frustración de mi esposa, pero no soy capaz de hacerme a la idea de lo que debe estar sufriendo ella también. Ella, mis hijos, mis nietos, mi Chloé... Nunca me había sentido tan solo. Solo deseo poder salir de aquí y abrazar a quien sea.

Me siento débil. Veo ojos nuevos que mueven mi cama por el hospital. No sé muy bien a dónde me llevan. ¿Estoy vivo?

Entramos a una habitación donde ni siquiera alcanzo a ver las paredes. Todo está lleno de cables y molestos ruidos.

No sé cuántos días llevo aquí metido. Estoy boca abajo con un tubo en la boca que me impide hablar. Sólo veo gente pasar de un lado a otro que no me dice lo que está pasando. Y así un día tras otro. Yo solo necesito ver a Lucía y que me cuide, como siempre ha hecho. Lo deseo con todas mis fuerzas, pero ella no aparece.

2 meses después - 22 de mayo de 2020

—Hola Alejandro.

Veo junto a mí, sentada en una silla, a una *buceadora*. Así he apodado a todo aquel que lleve puesto el mono blanco y las gafas de buceo.

Sin embargo, reconozco su voz. Reconozco sus ojos verdes. Está aquí conmigo, por fin. Pero, por su expresión y por las lágrimas que brotan de sus ojos, sé que las cosas van mal.

Me dice que ha insistido mucho para estar aquí conmigo y que, al ser enfermera, finalmente le han dado permiso para acompañarme. Confirmado, mi cuerpo no ha podido ganar al virus. Al final, ha resultado ser más peligroso de lo que todos creíamos.

Me enseña una foto y veo a Chloé dándome el último *megabeso* el día de su cumpleaños. Ojalá hubiera existido ese botón para para el tiempo.

Lucía me coge de la mano y me abraza, pero no siento su calor, sus suaves manos acariciándome la cara mientras me dice lo mucho que me quiere. Mi cuerpo comienza a apagarse, no tengo fuerzas para seguir despierto. No sé si estoy mirando la foto por última vez. Y es entonces cuando comprendo el brillo en los ojos de mi nieta.